

VICTORIA Y AVENDAÑO

(SIGLO XII)

LO VERDADERO

OCUPABA el trono de Castilla Alonso VIII y el de Navarra Sancho VI, apellidado *el Sabio*. El monarca navarro había sostenido encarnizadas luchas con el de Castilla por la posesión de la Rioja, y aunque merced al arbitraje del Rey de Inglaterra habían terminado tales desavenencias, no se habían extinguido en los pechos de los contendientes los mutuos recelos que a cada uno inspiraba su contrario, ni se habían acallado las ambiciones de extender cada cual más y más sus dominios y poderío.

Gobernaba por entonces el territorio alavés la popular Cofradía del Campo de Arriaga, que abarcaba en su jurisdicción gran número de pueblecitos esparcidos en el llano, en cuyo centro y sobre elevada colina, a cuyo pie corría por el Oeste el arroyo de Adurzaba y por el Este el Avendaño, destacaba la aldea de Gazteiz.

Los dos monarcas rivales, separados por el territorio neutral de la llanada alavesa, atisbaban codiciosos la posesión en ella de una plaza fuerte que sirviera de punto avanzado a sus dominios, al par que de atalaya que pudiese vigilar los designios de su contrario.

Corría el año de 1181. Don Sancho *el Sabio* manifestó abiertamente sus deseos de poseer a Gazteiz; y sea que Diego López de Guevara, conde de Álava a la sazón y acérrimo partidario del monarca de Navarra, trabajara cerca de la Cofradía en pro de los designios del Rey, o sea que éste la arrancara violentamente, lo cierto es que en esta época el monarca navarro se apoderó de la aldea de Gazteiz. La Cofradía del Campo de Arriaga, impotente para resistir la colosal pujanza de las huestes navarras, no pudo oponerse al rapto, y desde aquel momento quedó Gazteiz segregada de la Cofradía, y convertida en aldea realenga en medio de un territorio completamente libre y patriarcal.

El primer cuidado de Don Sancho al posesionarse de Gazteiz, fué el darle el título de villa, fortificarla convenientemente, nombrando un

Jefe militar en ella, concederle amplios fueros y privilegios, a fin de estimular a las gentes de los puntos cercanos a que se estableciesen en ella para poblarla, y cambiarle su antiguo nombre por el de Victoria, como presagio sin duda de las muchas que pensaba alcanzar con la posesión de una fortaleza en tan estratégico punto.

La ya entonces Villa de Victoria (compuesta de tres calles tendidas de Norte a Sur, que son las que, modificadas, subsisten aún con los nombres de Seminario, Santa María y Escuelas, atravesadas por otras dos que corrían de Oriente a Poniente, todas las cuales formaban el primitivo Gazteiz), fué cercada por gruesa muralla que, terminando por la parte del Norte en sólida fortaleza adosada a espaldas de la iglesia de Santa María, y por el Sur en otra análoga enclavada en el templo de San Vicente, hacían de ella una plaza de armas de excelentes condiciones. En su muralla se abrían a Norte y Sur, respectivamente, las puertas de Santa María y San Bartolomé; a Oriente las de San Francisco Javier y Santa Ana, y a Poniente las de la Soledad y ¿San Francisco Javier?

Desde que Victoria quedó separada de la Cofradía del Campo de Arriaga, y mimada por el Rey Don Sancho, se despertaron rencillas y desavenencias hacia ella por parte de los pueblos que rodeaban a la nueva villa. Fuera la causa su separación de la Cofradía, o los muchos fueros de que gozaba, o que encerrada en sus muros apenas tenía jurisdicción fuera de ellos y pretendiese ensancharse, o quizá todos estos motivos a la par, lo cierto es que menudeaban los conflictos entre Victoria y las aldeas vecinas, entre las cuales descollaba por su antagonismo el pueblo de Avendaño, que constantemente sostenía encarnizadas luchas con la antigua Gazteiz, hasta el extremo de que peligraban mucho los de Victoria al salir de noche fuera de las murallas de la villa.

En 1194, muerto Sancho *el Sabio*, pasó Victoria a su heredero en el trono Sancho VII, denominado *el Fuerte*, en cuyo poder estuvo hasta que en 1200, Alfonso VIII de Castilla la puso cerco, y después de una heroica y prolongada resistencia capituló con el castellano, quedando desde entonces bajo su dependencia y amparo con los mismos fueros y privilegios que gozaba. Dos años más tarde un horroroso incendio concluyó con la nueva villa, que el magnánimo corazón del monarca de Castilla no sólo reedificó y repobló inmediatamente, sino que aumentó muy mucho su caserío y vecindario.

MANUEL DÍAZ DE ARCAÑA

(Continuara.)

VICTORIA Y AVENDAÑO

(Continuación.)

EN EL JARDÍN

Era el año 1194. Se deslizaba el crepúsculo de la tarde entre las vagas sombras de una plácida noche del mes de Julio, y momentos después cien mil estrellas titilando en aterciopelado cielo, formaban brillante cohorte en torno de la luna cuyos rayos tendían pálida y misteriosa gasa en los muros de Gazteiz, que se alzaba silenciosa sobre su escueto promontorio. Separada de la muralla por estrechísimo callejón, en la calle que corría de Norte a Sur por la parte de Poniente, y haciendo esquina a la puerta de Santa Ana, destacaba sobre todas las demás una casa señorial que tenía anejo un frondoso jardín cerrado por fuerte y vetusto muro. Una espaciosa puerta, colocada en el centro del paño del edificio que miraba al jardín, daba salida de la casa a éste, y a los lados de la puerta, en dos rústicos bancos, a los que prestaban espeso dosel de follaje dos corpulentas hayas, había sentadas cuatro personas. En uno de los bancos Constanza, que conversaba con su amiga Urraca, y en el otro Teresa, hija de Fernán, dueño de la casa, al lado del joven Sancho de Galdácano, hijo a su vez del caballero de este nombre, que gozaba de grande prestigio en el valle de Arratia. Constanza era tía de Teresa, y cuidaba con gran esmero de su educación, con tanto más motivo cuanto que la joven había quedado huérfana de madre muchos años ha, a pesar de que en la actualidad sólo contaba 20.

Los jóvenes hablaban por lo bajo, mientras Urraca preguntaba a su amiga:

—¿Y sabes cuándo vuelve Fernán?

— Mañana, sin duda alguna — contestó Constanza. — Hoy a más tardar ha debido de ver al rey en Pamplona, y si Don Sancho no les detiene indudablemente volverán en seguida.

— ¿Y qué esperan del Monarca? — preguntó Urraca.

— Esperar nada — añadió su amiga — como no sea su consejo. Victoria no quiere tomar medida alguna para atajar los procaces insultos que recibe de los caballeros de San Martín de Avendaño, sin exponer antes sus agravios al rey, que, al saber tal, castigará de fijo a los enemigos de su villa predilecta.

— No sé por qué mi buena amiga — dijo la otra — sospecho que el rey ha de hacer un escarmiento. Don Sancho *el Fuerte* es de un carácter duro...

— Justiciero querrás decir.

— Sea en buen hora: duro o justiciero, es enérgico cual ninguno.

— Es la mejor condición que puede tener un rey — repuso Constanza, levantándose instintivamente y tomando la senda central del jardín, tendida bajo una arboleda, a través de la cual se filtraban los rayos de la luna, trocándola en fantástica galería. Urraca imitó su ejemplo, y lo propio hicieron Teresa y Sancho colocándose detrás de ambos. Después de dar algunos pasos en silencio, dijo Sancho a Teresa:

— Has emponzoñado mi corazón con tus recelos. No sé por qué has de sospechar que en cuanto tu padre Don Fernán se aperciba de nuestro amor, ha de perseguirnos la desgracia. ¿Acaso no soy yo noble y valiente como él? ¿Acaso tu buena tía Constanza no patrocina nuestro cariño? ¿Qué podemos temer? Esos temores tuyos, cuyo fundamento te obstinas en ocultarme...

— ¡Ah, Sancho! no: no sospeches que yo pueda ocultarte nada. ¿Quieres saber la causa de mis temores? Pues bien: hela aquí. Mi padre odia con todo su corazón a los caballeros de San Martín de Avendaño, como ellos le odian a él. Tú estás unido con vínculo de parentesco al más noble de todos ellos, Ortiz de Avendaño, al que profesas singular cariño, y Don Fernán nunca entregará la mano de su hija a un deudo de su más encarnizado enemigo. Ésta y sólo ésta es la causa de que ni mi tía ni yo queremos que él se entere de nuestro amor.

— ¡Ah! nada temas. Yo tengo sagradas obligaciones de gratitud para con mi pariente el caballero Ortiz de Avendaño; pero deberé a la par gratitud y cariño al padre de la mujer que absorbe todos mis pen-

samientos y endulza mi existencia. No lo dudes: el cariño que te profesó hará que un día se tiendan su mano de amistad esos dos caballeros que son más enemigos por ser los de mas encumbrada alcurnia de Victoria y San Martín. El amor, Teresa mía, todo lo vence.

—Sancho, yo te ruego que no me hagas soñar con mentidas venturas que luego deshaga el desengaño cruel. Conoces como yo el entero carácter de Don Fernán. Vale más que rota la venda con que tapa tus ojos esta pasión que te enloquece, veas todo lo inseguro y quizás amargo de nuestro porvenir. Pero está tranquilo. Podrán arrancarte de mi lado; podrán separarte de mí para siempre; pero nadie, óyelo bien, nadie podrá conseguir que te olvide ni un solo instante de mi vida.

— ¡Ah, bien mío! — interrumpió Sancho. — Contando con tu cariño no hay obstáculo en el mundo que no me sienta capaz de vencer. Yo marcharé al combate, y allá en el campo de los moros he de arrancar más laureles que hayan jamás conquistado todos los nobles juntos, y entonces llegaré a Don Fernán, y yo te juro por esa luna que nos alumbra, que...

— ¡Ah, Sancho mío! ¡qué bueno eres!

— ¿Quién no lo es con los ángeles del cielo?

En este momento habían llegado todos a la puerta que desde el jardín daba entrada a la casa, y penetrando por ésta se dirigieron a la puerta principal, que se abría a la calle. Sancho se despidió afectuosamente de las damas, y diciendo al salir a Teresa por lo bajo:

— Mañana a la noche en la ventana del muro — tomó la calle que conducía a la puerta de la Soledad. Ésta se hallaba herméticamente cerrada. El joven se acercó a una raquítica vivienda adosada al muro y muy próxima a esta salida, y golpeando la única ventana del casucho, dijo: «¡Ivan!» En el instante apareció en la puerta del mismo un viejo de curtido rostro que saludando al doncel le franqueo la puerta de salida al campo. Sancho bajó rápidamente la cuesta, y tomando la orilla del Avendaño se dirigió hacia San Martín y poco después penetraba en la casa señorial del caballero Ortiz de Avendaño.

VICTORIA Y AVENDAÑO

(Continuación.)

DÍA INQUIETO Y NOCHE ACIAGA

Extendía el crepúsculo de la mañana sus gasas de topacio tras las cimas de la sierra de Urbasa y al apuntar el día siguiente a la escena de Sancho y Teresa en el jardín, un grupo de caballeros, en cuyas cotas encendía vivísimas chispas el sol, al par que la brisa agitaba los pintados penachos de sus cascos, cabalgaban a todo galope hacia Victoria, dejando a sus espaldas los elevados picos de la sierra, y cuatro horas después traspasaban la muralla de la antigua Gazteiz por la puerta de Santa Ana. Una vez dentro de la villa se dirigieron a la casa de D. Fernán, donde Teresa les aguardaba impaciente, y echando pie a tierra penetraron en la morada del noble caballero. El distinguido prócer, después de abrazar con efusión a su hija, ordenó que inmediatamente convocasen a su casa a todos los principales vecinos de Victoria para la tarde de aquel día, disponiendo a la vez se cerrasen las puertas de la muralla, a fin de que nadie pudiese entrar ni salir fuera de los muros de la villa. Desde aquel instante, un movimiento que se acentuaba más y más se dejó notar en todas partes. Los vecinos se reunían en las calles y plazuelas, y comentaban de diverso modo lo que podría ocurrir. Todos sabían que D. Fernán y sus compañeros habían ido a querellarse al Rey Don Sancho *el Fuerte* de los caballeros de San Martín; todos conocían el carácter enérgico del monarca; todos sabían que D. Fernán acababa de llegar; y todos presentían que algo grave debía de ocurrir cuando las puertas de la muralla se habían cerrado y con tal energía D. Fernán convocaba en su casa a los vecinos de la villa.

Entre cálculos y presunciones llegó la tarde y en un amplio salón que ocupaba gran parte de la vivienda del prócer se hallaban reunidos

numerosos vecinos de la villa cuando D. Fernán y los que le habían acompañado a Pamplona aparecieron en la estancia. La curiosidad impuso absoluto silencio, que a poco rompió el dueño de la casa para decir a la concurrencia que había estado citado en Pamplona con el Rey, su señor, Don Sancho *el Fuerte*, al que había expuesto sus querelas en nombre de la villa, haciéndole saber los muchos agravios que ésta recibía frecuentemente de los vecinos de San Martín de Avendaño; que cuando expusieron sus quejas al Rey éste se hallaba en el jardín de su palacio; y que el Rey para responder a los comisionados de Victoria, desnudó la espada que D. Fernán ceñía, cortó de un golpe los tallos de unas coles que tenía delante y devolviendo la espada al noble le dijo:

«Vos los de Victoria sodes para poco; que á los que así vos fatigan debiérades facer como yo fice á estas berzas.» Un murmullo de aprobación siguió a las palabras de D. Fernán, murmullo que creciendo por instantes se tradujo en ruidoso entusiasmo, al calor del cual acordaron los allí reunidos disponer en el acto todo lo necesario para en la noche de aquel mismo día hacer un ejemplar escarmiento con los procazes caballeros de San Martín de Avendaño.

Los convocados desalojaron el salón y poco después la agitación era musitada en toda la villa. Aquí gentes que llevaban de un sitio a otro manojos de teas, allá otros que limpiaban sus armas, y en todas partes vecinos que entraban, salían y se agrupaban discutiendo los más diversos planes para la acometida.

Por fin el sol traspuso la sierra de Badaya; tendió la noche sus negros cendales en el llano; y un silencio sepulcral siguió al bullicio de aquel día dentro de los muros de Gazteiz. Más tarde, cuando la obscuridad era completa, las puertas de la muralla se abrieron de par en par, y mientras los vecinos de la villa bajaban sigilosamente por las puertas del Oeste en dirección a San Martín Sancho de Galdácano penetraba en ella por la de Santa Ana, que era, la que Ivan tocaba custodiar aquella noche. Al atravesarla se permitió el viejo decir al mancebo con aire de misterio:

— Cuidad, señor, mucho lo que hacéis; que la noche promete ser aciaga.

— Para mi acero todas las noches son iguales — repuso el joven, — y sin parar mientes en las palabras de Iván, tomo la estrecha callejuela que corría entre el paño interior de la muralla y la casa de Don Fer-

nán. El anciano, siguiéndole con la mirada, movía la cabeza y sin atreverse a insistir replicó por lo bajo:

— Dios lo haga.

Imponente silencio, sólo interrumpido por los pasos de Sancho, reinaba en el contorno, cuando el galán pudo divisar el rostro de su amada tras una reja, a la que la luna protectora de sus amores prestaba con sus rayos de nácar indefinible misterio cuanto encantadora atracción. Sancho llegó hasta el pie de la misma y al clavar sus ojos en el macilento rostro de Teresa no pudo menos de exclamar:

— ¡Vive Dios! que algo sucede. Teresa, ¿quién se atrevió a amargar tu ventura? Di, di.

Teresa procurando en vano dibujar en su rostro una ronrisa respondió:

— ¡Ah Sancho! te creo con toda la efusión de mi alma, pero tiemblo al decirte que...

— Concluye. ¿Quizá un rival?...

— Desecha esos pensamientos que ofenden a la mujer a quien amas. No es un rival; es una horrible tormenta que se cierne sobre tu cabeza.

— Concluye.

— Escucha. Como sabes, esta mañana ha vuelto mi padre con sus compañeros de ver al Rey en Pamplona. Inmediatamente convocó a los vecinos de Victoria en esta casa. Yo intranquila aceché desde la estancia contigua a aquella en que se hallaban reunidos, y desde allí pude escuchar el consejo que el Rey les había dado de exterminar a los vecinos de Avendaño. La indicación del Rey hizo estallar el coraje en el pecho de los habitantes de esta villa, y jurando demostrar al Rey que saben cumplir sus mandatos, acordaron hacer esta misma noche un ejemplar escarmiento en los vecinos de San Martín, y cerrando las puertas de la muralla a fin de que nadie pudiese enterarse de sus propósitos, han invertido toda la tarde en preparar cuantos medios de destrucción estaban a su alcance; y cuando la noche ha cerrado, se han dirigido todos sigilosamente hacia allí, y quizás a estas horas el caballero Ortiz de Avendaño...

— Nada temas.

— ¡Ah, sí! ¿No ves este fatal silencio, precursor de la tormenta que se nota en derredor?

— Nada temas, repito — añadió Sancho. — Yo vuelvo ahora a San

Martín, y mientras mi acero brille en mi mano el caballero de Ortiz de Avendaño puede estar seguro de que...

— Sancho, por Dios, — repuso Teresa.

En este momento una siniestra y rojiza luz iluminó el espacio, alumbrando pavorosamente las estrechas calles de la vieja Gazteiz. Teresa tembló azorada al fatal resplandor, que dejó ver en su convulso rostro el horrible presagio que embargaba su cerebro. Sancho sobreponiéndose a sí mismo, vaciló un instante, fijó sus ojos en el rostro de su adorada, y diciendo: *volveré*, se lanzó a la carrera por el callejón, atravesó las calles en dirección al Poniente, y ganando la puerta de la Soledad se halló un momento después fuera de la muralla. Entonces dirigió su vista hacia San Martín de Avendaño, y un terror inexplicable clavó sus pies en tierra, sin que por el pronto fuese dueño de avanzar un paso más. Un resplandor fatídico iluminaba toda la campiña llegando su rojizo tinte hasta los picos de Huetto y Badaya. El pueblo de San Martín, que horas antes ofrecía en risueño y abigarrado paisaje almenados palacios entre rústicas viviendas, era una inmensa hoguera que cual lúgubre antorcha extendía sus aciagos resplandores en toda la comarca.

Terribles presagios se agolparon a la mente de Sancho, que, enardecido ante la catástrofe, se precipitó por la cuesta en dirección a Avendaño: a poco llegó a sus oídos un sordo rumor y más tarde penetrantes quejidos, después lamentos e imprecaciones, y por fin confusa gritaría, cuando el doncel con vertiginosa celeridad se hallaba ya en la entrada del desolado pueblo. Entonces, salvando a saltos la maleza que se oponía a su marcha, corrió precipitadamente al palacio de su deudo Ortiz de Avendaño, mas al querer ganar la puerta principal del mismo retrocedió aterrado: las llamas que habían invadido todas las puertas y ventanas hacían imposible la subida. Un rayo de luz iluminó su mente. El palacio tenía una pequeña puerta por su fachada posterior. No había que dudar, Sancho voló a penetrar por ella; mas al doblar el ángulo trasero de la casa, volvió a retroceder ante el horrible espectáculo que se ofrecía a su vista. Allí, entre la indefinida sombra que la parte posterior del edificio, no atacada aún por el fuego, proyectaba, yacía el cadáver de un hombre cuya lívida faz iluminaban los vacilantes rayos de la luna: era Ortiz de Avendaño. Sancho clavó un instante su mirada en aquel hombre, se lanzó a él para palpar su rostro, y dirigiendo sus ojos al cielo y exclamando ¡está muerto! ¡su hijo! ¡su hijo!,

se precipitó hacia la entrada. En aquel momento una mujer desgreñada y convulsa sale por ella llevando entre sus brazos un bulto. Sancho al reconocerla gritó: ¡Su hijo! ¡su hijo! — Señor — respondió la mujer — aquí está salvo: huyamos. — Sí — añadió Sancho — sígueme. — Pero mirad. — Nada temas: sígueme. Y saliendo a las afueras del pueblo tomaron la dirección del pueblo de Arriaga. Al cruzar frente a la última casa de San Martín un grupo de hombres armados que salía de ella dando gritos se interpuso en su camino. — Paso franco — dijo Sancho montando en cólera y desenvainando su acero — u os tiendo a todos a mis pies. — ¡¿Cómo?! — dijo el más osado avalanzándose hacia el doncel. — ¡Así! — respondió Sancho evitando el golpe y atravesándole con su espada; y arremetiéndole con otro que quiso herirle de costado hubiera dado buena cuenta de él, a no haberse declarado todos en fuga. Durante estos momentos de apuro la mujer que llevaba en sus brazos al niño no se había separado un instante de la espalda de Sancho, quien, en cuanto los hombres se alejaron, volvió a ella y diciendo: — ¡Aprisa: aprisa! hay que salvar al niño — bajó la pequeña pendiente hasta el campo del Acua, y atravesando éste, se hallaban los tres a muy poco en una rústica vivienda de Arriaga, habitada por un honrado colono del caballero de Galdácano. Sancho dejó en ella la mujer y el niño, al cuidado de la familia del colono, con el cual y los dos hijos mayores de éste salió después hacia San Martín de Avendaño.

El voraz elemento comenzaba a ceder en su destructora furia, que en pocas horas había destruido cuanto halló en su camino. Cuando los cuatro ganaron la pendiente del campo de Acua, San Martín presentaba muy diverso aspecto al que ofreciera momentos antes. Informes montones de escombros que a la medrosa luz de la luna simulaban gigantescos fantasmas; algunas llamaradas que de tiempo en tiempo brotaban acá y acullá; negras columnas de humo que se alzaban pausadamente hacia el cielo, cual fúnebres obeliscos levantados en memoria de la catástrofe, y un silencio sepulcral en todo el contorno es cuanto se ofrecía a los ojos del esforzado caballero y sus acompañantes. Sancho, sin vacilar, les dirigió al derruido palacio de D. Juan Ortiz de Avendaño, cuyo yerto cadáver continuaba tendido al pie de los escombros. Hizo que el colono y sus hijos cargaran respetuosamente con el inerte cuerpo del prócer y salieron todos en dirección a Arriaga. Sancho al partir contempló por unos instantes las escuetas ruinas de la casa señorial de su deudo, lanzó un profundo suspiro y siguió a los

otros, que se habían adelantado a él, a la sazón que el murmullo de las gentes, que por todas partes acudían al desdichado pueblo de Avendaño, rompía el silencio de aquel montón de ruinas y cadáveres. Victoria había cumplido el fatídico consejo del rey de Navarra, vengando sus agravios en horrible hecatombe que hizo desaparecer para siempre a San Martín de Avendaño.

A la mañana del siguiente día daban los vecinos de Arriaga cristiana sepultura a los restos de D. Juan Ortiz de Avendaño, y una hora después, Sancho y la mujer que había salvado al niño, llevando a ésta en los brazos, acompañados por dos labriegos, cabalgaban por el estrecho sendero del boquete de Zaitegui con dirección a Arratia, al propio tiempo que Teresa, que había pasado toda la noche entre torturas e inquietudes, se dirigía al templo de Santa María a orar por la suerte de su amado Sancho, sin que un momento pudiera apartar de su oído la dulcísima frase de *Volveré*, última que el doncel había pronunciado la infausta noche anterior al correr precipitadamente hacia el infausto pueblo de Avendaño.

MANUEL DÍAZ DE ARCAÑA



VICTORIA Y AVENDAÑO

(Continuación)

EL SITIO

Seis años habían transcurrido desde la horrorosa noche en que desapareciera para siempre San Martín de Avendaño de la risueña vega Victoria, cuando los hijos de la pasada Gazteiz, impávidos y silenciosos, no abandonaban un instante las almenas de sus muros para defenderlos de un ejército tan numeroso como obstinado, que en vano intentaba escalarlos una y otra vez para apoderarse de la villa.

En efecto, el año 1200, el poderoso rey de Castilla, Don Alfonso VIII, invadió la provincia de Álava al frente de numerosos ejércitos; y ayudado por D. Diego López de Haro, señor de Vizcaya, al frente de los vizcaínos y alaveses puso sitio a Victoria. Ni el número ni la calidad de los sitiadores amenguó en lo más mínimo el indomable valor de los sitiados. Decididos a morir antes que faltar al homenaje que al rey de Navarra prometieran, no abandonaban un solo instante las almenas de la muralla, en donde el monarca castellano tanto ambicionaba posar la planta de su pie.

Cinco meses llevaban de asedio, sin que durante este tiempo hubiesen recibido el más mínimo apoyo del rey de Navarra, que se encontraba en África pidiendo auxilio al Miramolín Aben-Jucef contra los reyes de Castilla y Aragón, con los que estaba en contienda. Durante tan largo tiempo habían rechazado numerosas veces las formidables embestidas del sitiador; y a la sazón la falta de alimentos era tal en la villa, que comenzaban a echar mano a este fin de los más inmundos animales.

Era una lóbrega noche del otoño. Espesa cerrazón entoldaba el cielo, y la más negra obscuridad envolvía por completo los muros de

la villa, en los que el ábrego huracanado rompía sus furias con impo-
nente bramido. Un silencio absoluto reinaba en el campamento de los
sitiadores y en la fortaleza de los sitiados. Por la pendiente del cerro
que abocaba a la puerta de Santa Ana, un bulto, que la obscuridad no
permitía distinguir, se deslizaba con especial cuidado hacia la misma.
Una vez junto a ella, cogió con precaución una piedra del suelo, y lan-
zándola por encima del muro, hizo que cayera al interior. En el mismo
momento, un anciano que estaba en acecho abrió la puerta que tenía
preparada, y el misterioso personaje penetró dentro del muro. Era
Sancho que, en connivencia siempre con su fiel servidor Ivan, penetra-
ba dentro de la plaza cuando las circunstancias le ponían al abrigo de
la vigilancia de D. Fernan, que enterado ya de los amores de su hija,
jamás transigió con el deudo del malhadado D. Juan Ortiz de Aven-
daño, cuando por otra parte D.^a Constanza apadrinaba al doncel, pro-
porcionándole ocasión de conversar, siquiera fuese desde el callejón de
la muralla, con su adorada Teresa. Sancho en aquel entonces residía
en el pueblo de Arriaga, desde donde hacia frecuentes viajes a Arratia
donde tenía criando con todo esmero al infortunado niño de Aven-
daño, y desde donde por otra parte veía con frecuencia a Teresa, cuya
imagen no se separaba de su mente.

En el momento en que Sancho estuvo ya dentro del muro, habló
brevemente con Ivan, después de lo cual, en vez de dirigirse al estre-
cho y acostumbrado callejón, tomó por el lado opuesto hacia el casti-
llo. Cuando hubo llegado al anchuroso portalón del mismo, el jefe de
la guardia que lo custodiaba salió a su encuentro. Sancho expuso a
éste su deseo de avistarse en el acto con el jefe militar de la plaza, y
momentos después penetraba el de Galdácana en la estancia de D. Pe-
dro Ramírez, jefe de la fortaleza y heroico capitán de los valientes de-
fensores de la villa. Hallábase el valeroso adalid en una espaciosa y
severa estancia, sentado junto a una mesa sobre la que ardía un toско
velón de aceite, a cuya inquieta luz trazaba el anciano militar algunas
líneas en un toско pergamino.

— Dios os guarde, señor — dijo el doncel.

— Y a vos también — replicó el anciano, prosiguiendo. — ¿Quien
sois y qué queréis?

— Eso precisamente vengo a deciros. Soy Sancho de Galdácana, que
no ha blandido su acero ni por vosotros ni por los enemigos que os cer-
can, pero que está dispuesto esta noche a dar su vida por vuestra causa.

— No os entiendo —, interrumpió el anciano.

— Escuchad — dijo Sancho. — Adosado a la muralla se alza el palacio de D. Fernán de Ayala, donde habita su hija Teresa, dama a quien a fe de caballero tengo entregado mi corazón. Al atravesar ha poco el campamento de vuestros enemigos, la casualidad me deparó la ventura de sorprender los proyectos de D. Diego López de Haro de dar esta noche un formidable asalto a la villa a favor de la obscuridad, y precisamente por el paño de la muralla contiguo a la morada de don Fernán. Poseedor del secreto, logré trepar sigilosamente por el cerro y penetrar en la villa...

— Y ¿quién ¡vive Dios! se atrevió a franquearos la entrada? — interrumpió el jefe militar.

— No os enojéis, señor; un fiel súbdito vuestro que ampara mis amores, pero a quien por cobradas pruebas consta mi lealtad hacia vos. Pues bien, señor; yo vengo a pedir os la merced de que, confiando a mis órdenes un puñado de esos valientes, me deparéis la honra de hacer pagar cara la osadía del invasor en ese puesto de peligro. Mi vida os responde de mi palabra.

— Comprendo, noble joven vuestra ambición —, contestó Ramírez. — Mostrad en buen hora vuestro valor ante la dama a quien amáis — y llamando a uno de sus servidores, dió orden para que en el acto facilitasen a Sancho las gentes de armas que pidiese, y volviéndose a él continuó:

— Vos me respondéis de todo. Nos veremos en la muralla.

— Con mi vida, noble guerrero — repuso Sancho. Jamás olvidaré la merced que acabáis de otorgarme.

Y haciendo un reverente saludo al jefe militar, salió de la estancia.

Dos horas después Sancho se hallaba en la parte del muro contigua a la morada de D. Fernán, y pegada a la puerta de Santa Ana. Para simular un descuido había hecho desaparecer todos los centinelas de la muralla, colocando un ballestero oculto debajo de cada almena; había colocado en la misma boca de la puerta, que Ivan había preparado artificioosamente para abrir y cerrar cuando conviniese, un grupo de cuarenta bravos espadachines al mando de un bizarro jefe amigo suyo; y él con otro grupo de hombres con hachas y mazos atisbaba oculto tras el muro todos los movimientos del enemigo. El resto de la muralla, perfectamente custodiado y defendido, corría a cargo de D. Pedro Ramírez.

La noche avanzaba; la obscuridad era impenetrable; y el viento azo-

taba con coraje las crestas de la fortaleza. Dos horas habían pasado sin que el más leve rumor turbara el imponente silencio. De pronto Sancho percibió un ligero ruido bajo el muro: atisbó con cautela, y su penetrante mirada pudo percibir confusamente cuatro bultos que, arrastrándose en el silencio, escuchaban sigilosamente hasta que uno de ellos dijo en voz baja:

— ¡Aquí! Aquí nada se percibe. No hay cuidado. Los ballesteros se han dormido — y volviéndose a los demás, añadió:

— La escala; y tú a avisar a la gente que se acerque con precaución.

Sancho no apartaba un instante su vista de los desconocidos. Estos aproximaron una larga escala al muro, logrando por fin apoyar su extremo superior en una almena. Entonces Sancho con cuatro robustos hacheros se corrió hacia ella quedando a cada lado suyo dos, ocultos, tras la misma. A poco un confuso rumor de pisadas les anunció que se acercaban los asaltadores, que no tardaron en estar al pie del muro. Sancho se preparó. Los sitiadores treparon uno tras otro ligeramente por la escalera, y cuando el primero hubo ganado la cima, un grito de ¡a ellos! que resonó al compás de un tremendo mandoble de Sancho sobre la cabeza del primero, y de los secos golpes de las hachas sobre el extremo de la escala, dió en tierra con ésta y con cuantos por ella subían, que, hacinados en informe montón, entre alaridos e imprecaciones, se vieron rodeados de muchedumbre de sus compañeros, que en tan densa oscuridad no se habían dado cuenta de lo ocurrido: la puerta vomitó entonces los cuarenta espadachines que, siguiendo a Sancho que se hallaba ya entre ellos, se lanzaron sobre la espantada multitud haciendo horrible carnicería, en el momento en que el alba apuntaba tras la sierra de Urbasa, y D. Fernán y Teresa, que aterrorizados con la horrible gritería de la refriega, se habían precipitado al muro, contemplaban con asombro desde sus almenas el arrojado de Sancho, que, a la cabeza de sus valientes, repartiendo tajos, se había metido hasta el campamento enemigo, y volvía orgulloso a ganar la puerta de la muralla, a la sazón que D. Pedro Ramírez por un lado y don Fernán por otro corrían a su encuentro con los brazos abiertos; mientras Teresa radiante de hermosura y sonriente contemplaba con indecible gozo al ídolo de su amor. Cuando ya se hallaban dentro de la fortaleza, dijo Sancho a D. Pedro:

— He cumplido mi promesa.

A lo que D. Fernán, interrumpiéndole, añadió:

— Y yo cumpliré vuestros deseos. Esa morada y esa mujer que acabáis de salvar serán vuestras.

— ¡Ah señor!, nunca dudé de vuestra hidalguía por más que antiguos odios de familia nos separasen.

Entonces Sancho corrió al lado de Teresa, y ambos en compañía de D. Fernán penetraron en el palacio de éste, ínterin el valeroso jefe Ramírez se ocupaba en medir a la luz del nuevo día, sobre el lugar del suceso, el alcance del glorioso combate de aquella noche.

Desde aquel día Sancho no salió ya de Victoria. El jefe militar le dió distinguido hospedaje en su castillo, y le confiaba los puestos de más peligro en la defensa de la plaza, y D. Fernán le recibía diariamente con gran agasajo en su palacio.

A contar de esta fecha transcurrieron dos meses de amargura extrema para los sitiados. Faltos de alimento, fatigados por la no interrumpida lucha de siete meses, abandonados por completo del monarca de Navarra, sin noticias ni aun esperanzas de remoto auxilio, ni un solo instante decayó el varonil espíritu de los victoriosos, dispuestos a reproducir en las montañas de Vasconia la heroica epopeya de Sagunto, antes de faltar al homenaje jurado a su rey, que quizás no supo apreciar la grandeza del sacrificio.

Mas he aquí que admirado el bondadoso obispo de Pamplona don García de tanta abnegación y heroísmo, y queriendo evitar el trágico fin, que por momentos se acercaba para la antigua Gazteiz, pasó a Africa (1) a avistarse con Sancho *el Fuerte*, cuyo monarca orgulloso de tales vasallos, les dispensó del homenaje que le habían jurado, autorizándoles para capitular con Alfonso VIII de Castilla como mejor les pluguiere. A pesar de todo aun tardaron más de diez y siete días desde la notificación del acuerdo de su rey en avenirse con el de Castilla, quien para premiar tanta constancia, fidelidad y heroísmo, confirmó a Victoria cuantos fueros le había concedido D. Sancho *el Sabio* de Navarra, y autorizó para que ella nombrase su alcalde, juez, merino y sayón, perpetuando el goce de sus fueros en la memorable frase de que: *Mientras corriere el río Zadorra hacia el Ebro los tendrían.*

Desde este momento Victoria quedó unida a la corona de Castilla para no separarse jamás.

MANUEL DÍAZ DE ARCAÑA

(Continuara.)

(1) Garibay, lib. 24, cap. 17, fol. 120.

VICTORIA Y AVENDAÑO

(Continuación.)

EL INCENDIO

Dos años habían pasado desde que Victoria entregara su señorío al rey de Castilla: años que fueron prósperos para la villa cariñosamente mimada por su nuevo señor, y muy felices para Sancho y Teresa, que los vieron deslizarse entre un mar de sueños de ventura y de halagüeños proyectos para el porvenir, al extremo de que tenían concertado su tan anhelado matrimonio para el Mayo próximo.

Por otra parte, el niño Pedro Ortiz de Avendaño, a quien ocho años antes habían salvado casi milagrosamente de las llamas en San Martín su nodriza y su deudo Sancho, contaba a la sazón once años, y merced a su gran desarrollo físico comenzaban a despertarse en su alma las ambiciones del joven, que no cuidaba de ocultar a sus compañeros del valle de Arratia, sobre los cuales ejercía la autoridad que su alcurnia le prestara. Desde el desdichado día en que oyó contar por vez primera los horrores de la infausta noche de San Martín de Avendaño, el aciago fin de su padre y su rara salvación de aquel cataclismo, comenzó a sentir dentro de su pecho un odio mortal hacia la villa de Victoria, odio que, germinando con la edad, concluyó por una violenta pasión de venganza, que a todo trance deseaba satisfacer.

Sancho, descendiente de la casa real de Navarra, sentía irresistible inclinación de afecto hacia Victoria, que tantos sacrificios había hecho por guardar fidelidad al monarca de aquel reino; y como hubiese pensado muchas veces en las causas y trascendencias del malhadado suceso, veía en justificación de la villa los procaces insultos con que los de Avendaño mortificaban a sus vecinos y los no pocos crímenes que en los alrededores de la muralla de la vieja Gazteiz habían cometido; a la

vez que por otro lado recordaba con horror el bárbaro castigo de aquella noche maldita, el cadáver de su amigo tendido a la luna, y las tristes ruinas de un pueblo que fué; y entre todo pareciale lo más cuerdo y razonable sepultar en el lago del olvido tan amargos recuerdos.

Además Victoria tenía para él un secreto talismán del que no podía sustraerse. Allí vivía Teresa; allí a la vista de su dama había logrado subyugar la altiva voluntad de D. Fernán, quien, dando al olvido inveterados odios de familia, le distinguía ya como a un miembro de la familia suya.

Por lo demás había comprendido algún tiempo el germen de venganza que crecía en el pecho del joven Pedro Ortiz de Avendaño y había procurado apartarle de tan loca idea; pero las amonestaciones del protector, lejos de acallar las iras del protegido, encrespaban más y más la pertinaz idea que bullía en el cerebro del joven aristócrata.

Era un día del florido Abril del año 1202. D. Sancho de Galdácano se hallaba a la sazón en el pueblecito de este nombre, donde en la meseta de elevado montecillo, que se alza sobre tupido bosque de jarales y castaños, estaba edificanda la iglesia de Santa María (hoy iglesia parroquial) que quería a todo trance terminar antes de su matrimonio, que había de celebrarse en el mes siguiente.

El joven Pedro Ortiz de Avendaño se encontraba en Arratia, y la tarde del día a que nos referimos, se hallaba en un caserío oculto bajo espeso castañar en la falda Norte de Gorbea, en solemne reunión provocada por varios vecinos de Ceánuri, serviles aduladores del joven aristócrata. Allí escuchaba con fruición subyugadora las razones que algunos de ellos exponían, para inducir a todos a que, aprovechando la ausencia de D. Sancho de Galdácano, que se oponía a sus planes, lavasen con ejemplar escarmiento los agravios que el joven Avendaño había recibido ocho años antes de la realenga villa de Victoria. Así se acordó a la postre, y al rayar el nuevo día, víspera de la Pascua, todos en compacto pelotón cabalgaban por Ubidea y Ochandiano en dirección a Victoria. Al dar vista al objetivo de su venganza, se dividieron en pequeñas fracciones para no infundir sospechas, y una hora después penetraban dentro de los muros de la antigua Gazteiz.

A la vez que los arratianos se acercaban a Victoria, D. Sancho (contra la creencia de ellos) se apeaba de su caballo en Ceánuri, a la puerta de la casa, en la que con tanto esmero había tenido criando al joven Ortiz. En el acto pudo enterarse de que no se hallaba en el valle,

de lo cual extrañado grandemente, no le fué difícil averiguar, a muy poco, cuanto en la tarde anterior había sucedido en la casa del castañar; los criminales propósitos de los allí congregados, y su precipitada marcha a Victoria a fin de poner en ejecución sus infames propósitos, aprovechando la ausencia del valle del de Galdácano, cuya presencia en Arratia hubiese dado a no dudar al traste con tan bárbaros proyectos. Exasperado por tan vil proceder, y a costa del reposo de su ligero alazán, Sancho ciñó su espada, montó a caballo, y se perdió al galope corriendo por el pie de la vertiente septentrional de Gorbea. Merced al castigo del acicate y a rienda suelta se hallaba poco después en Ubidea; de aquí se internó en la cañada que cierran los altos de Oqueta y Santa Engracia, y no tardó en hallarse en Legutiano, cuando la noche había cerrado. La brisa, que las campesinas flores embalsamaban, acariciaba el inquieto rostro del galán y alentaba a su corcel que, bañado en sudor y fatigoso, empezaba a flojear. El jinete, empero, redoblaba el castigo, y no tardó en hallarse en la llanada en cuyo centro se alza la meseta de Gazteiz. Sancho devoraba con su vista la oscuridad queriendo distinguir en su seno las luces de la fortaleza de Victoria ¡mas todo en vano!; el ambiente era impenetrable a aquella hora, y en alas de su deseo llegó hasta Gamarra. Entonces un temblor convulsivo agitó los miembros del caballero. Un torvo claror que se dibujó en el espacio le permitió distinguir una negra e imponente columna de humo que se alzaba con aterradora pausa hasta lo alto del firmamento. A muy poco el siniestro resplandor se acentuaba más y más y después..., ¡después una inmensa hoguera que brotó de la cima del cerro de Gazteiz, cual ignívoma boca de volcán, vomitando gigantescas llamas, alumbró con fatídica luz todo el contorno. Sancho, presa de una especie de vértigo, clavó los acicates en las entrañas de su corcel, y saltando zanjás, matorrales y cuanto a su paso se oponía, se halló en momentos al pie del cerro de la villa; saltó del caballo que abandonó a la ventura, trepó a escape por la pendiente hasta la puerta de Santa María, que estaba franqueada, y se zambulló dentro de la muralla. El cuadro que se ofreció a su vista era horrible: llamas que habían invadido los edificios por todas partes; humareda que asfixiante cerraba el paso; personas que trémulas corrían de un lado para otro huyendo de la muerte; ayes aquí, lamentos allá, y confusión y espanto por todas partes. El caballero vaciló un instante; clavó sus ojos en la calle que corría al Sur por el poniente, y se hundió en la espesa humareda que la ce-

rraba. Un momento después se hallaba frente a la puerta de la morada de D. Fernán. Un rayo de luz brilló en sus ojos: las llamas no habían llegado aún a aquella parte. El doncel se precipitó a la entrada, a la sazón que dos mujeres sacaban medio en brazos a un anciano. Eran Teresa y Constanza, que entre heroicos esfuerzos sacaban casi en volandas a D. Fernán que, achacoso y trémulo, apenas se daba cuenta de lo que en torno suyo ocurría. Sancho, en un vigoroso empuje, cargó con el anciano y diciendo a las mujeres «seguidme», ganó la puerta de Santa Ana que estaba contigua, y bajando el cerro con prodigiosa rapidez, y tras él las dos mujeres, se hallaban todos, momentos después, en la casa de un labriego, situada en las afueras y muy cerca de la villa en el camino de Arana.

El salvador de D. Fernán voló otra vez a la villa, pero sus magnánimos deseos se estrellaron en lo imposible. El voraz elemento lo había invadido todo, incluso las puertas de la muralla, y la vieja Gazteiz, reducida a humeantes escombros, se había hundido en la inmensa caldera de sus muros, sin que ni uno solo de sus altivos palacios y numerosas viviendas, hubiese quedado en pie para testigo mudo de tan horrible hecatombe.

Sancho volvió, pues, a la casa donde había dejado a D. Fernán, quien al verle le recibió en sus brazos, sin que dejara al doncel desprenderse de ellos.

Allí el valeroso caballero descubrió a su futura familia los autores del horrible atentado, el modo como pudo saberlo, su precipitado viaje a Victoria con el propósito de haber salvado a la villa de la catástrofe, propósito que, bien a su pesar, no consiguió ver realizado, y su júbilo, en medio de tanta pena, por haber llegado a tiempo de salvar a D. Fernán y familia.

El día siguiente, que era el de la Pascua, fué bien triste y memorable para la fiel Victoria. De todas partes acudían las gentes en tropel a contemplar las ruinas de aquel pueblo modelo de constancia y entereza, y entre ellas los carbonizados cuerpos y mutilados miembros de sus heroicos hijos que víctimas de alevosa traición, yacían abandonados, mientras el joven Pedro Ortiz de Avendaño y sus secuaces habían desaparecido, temerosos de la ira popular y de las pesquisas de Sancho, que había jurado hacer en ellos ejemplar castigo.

MANUEL DÍAZ DE ARCAÑA

(Concluirá.)

VICTORIA Y AVENDAÑO

(Conclusión.)

EL DÍA FELIZ

En la parte meridional de la gigantesca sierra de Ganguren, al pie de la misma y a orilla del cristalino río que lame su base, se ocultan entre la espesura las viviendas de Galdácano. Entre ellas, y amparada por corpulentos castaños, se destacaba a comienzos del siglo XIII la casa-castillo del Caballero de Galdácano.

El día a que nos referimos, el apacible Mayo había vestido de verde manto la colina, y esmaltado con margaritas, lirios y azucenas la alfombra de los prados. El aislado y severo castillo del prócer de aquel valle, a cuyos muros prestaba la yedra vetusta y espesa capa, estaba engalanado. Muchos campesinos, con vistosos trajes, cruzaban el puente levadizo del mismo, revelando en su incesante movimiento que algo de extraordinario ocurría en la fortaleza. De pronto, la voz de un anciano servidor de la misma, que asomó por su puerta, hizo que la muchedumbre, descubriéndose y franqueando la entrada, se dividiera en dos grupos que, a guisa de escolta, se colocaron a derecha e izquierda de la misma. A muy poco apareció en ella un lucido cortejo, a cuya cabeza iban D. Sancho de Galdácano vestido con riquísima cota sembrada de perlas; Teresa, cuya hermosura realizaba blanca túnica cuajada de piedras preciosas que aprisionaba su esbelto talle, y entre ambos el venerable D. Fernán, en cuyo sonriente rostro bien se reflejaba el placer que embargaba su alma.

Rodeábanlos brillante cortejo de damas y caballeros, y tras éstos formaban numeroso acompañamiento los hombres de armas y campesinos de la comarca. La comitiva se dirigió a la iglesia de Santa María

que estaba lujosamente engalanada, y en la cual el plébanos recibió con toda pompa al Caballero de Galdácano, fundador de aquel templo: y uniendo las manos de Sancho y Teresa, bendijo el lazo eterno, fuente de la felicidad de los señores del valle. En aquel instante las campanas anunciaron vocingleras la buena nueva en la comarca, y los esposos regresaron a su casa-castillo entre las aclamaciones y vítores de aquellas gentes, que en todo aquel día y noche no se dieron un punto de reposo en sus cánticos, danzas, combates, luminarias y hogueras para festejar a los recién casados, haciendo fervientes votos por la dicha de Teresa, a quien presagiaban como el ángel tutelar de la comarca.

Los campesinos no se habían equivocado en sus cálculos. Teresa, de dulcísimo carácter por naturaleza, e investida al año de su matrimonio con la sagrada autoridad de madre, fué el genio protector de aquella comarca. Paño para las lágrimas y bálsamo para el dolor, no había necesidad a que su pródiga mano no acudiese, ni noble empresa que no patrocinara. No era, pues, de extrañar que cuando en las plácidas tardes del estío, llevando a su lado con santo orgullo al predilecto fruto de sus amores, cruzaba por las veredas del valle, los hombres se descubriesen cariñosamente, y las mujeres se acercasen a ella para estampar un beso de gratitud en aquella blanquísima mano, de la cual todos recibían raudales de consuelo.

Esto no obstante, Teresa, íntimamente encariñada con su pasado, jamás olvidó el dulce rincón donde un día se meció su cuna, y que guardaba los restos de su idolatrada madre.

El horroroso incendio de Victoria sirvió al magnánimo rey Alfonso VIII de poderoso incentivo, no sólo para emprender con todo ahinco la reedificación de la Villa-Suso destruída, si que también para agregar a ella la Villa-Yuso en la parte de Poniente, edificando las actuales calles de Correría, Zapatería y Herrrería.

A poco, pues, de la catástrofe, se alzó de nuevo la casa-palacio de D. Fernán en el mismo punto que ocupaba, esto es, contigua a la puerta de Santa Ana, y desde entonces Teresa compartió los días de su existencia entre Galdácano y Victoria, en que abriera los ojos a la existencia, para consuelo de su padre, dicha de su esposo y amparo de todos los necesitados.